



VOLCÁN

RICHARD DOYLE

El volcán de Cumbre Vieja, en La Palma, entra en erupción... y la peor de todas las predicciones está a punto de hacerse realidad. Las autoridades de la isla han dado la orden de evacuación, que no todos siguen. Entretanto, un equipo internacional de científicos se dispone a subir hasta el cráter del volcán. Deben hacer mediciones y calcular el riesgo de que la ladera occidental se desplace y caiga al mar provocando olas gigantescas que en pocas horas atravesarían el Atlántico: un tsunami de efectos catastróficos.

A más de cuatro mil kilómetros de distancia, los habitantes de Goodwill se preparan para el inicio de su temporada alta. En los próximos días acudirán miles de veraneantes y turistas a este antiguo pueblo de pescadores en la costa de Maine.

Pero están sucediendo hechos insólitos. Las ballenas, uno de los atractivos turísticos de la zona, han desaparecido repentinamente. Un brusco cambio en la marea ha destrozado varios barcos. Y acaba de llegar un grupo de surfistas obsesionados por cabalgar la ola más alta, aunque nunca se haya producido en estas aguas...

Ellos saben que va a ocurrir algo grande en Goodwill y por nada querrían perderselo.

Prólogo

Todo empezó, al igual que acabaría, con las ballenas.

Aquel verano las manadas de ballenas regresaron a las costas de Maine en mayor número que nunca. Los expertos del acuario de Portland atribuían aquel hecho a las corrientes del océano, pero los chicos de Goodwill tenían su propia opinión; en el restaurante de Jean-Alice —en Bearskin Neck, el barrio del puerto— donde Rick Larsen tocaba la guitarra en las noches de invierno, los clientes acariciaban el ennegrecido arpón de hierro que había detrás de la barra del bar para que les diese buena suerte. El abuelo de Rick pilotó el último ballenero que salió del puerto de Goodwill en la primavera de 1885, y algunos gestos instintivos tardaban en desaparecer.

Rick fue un muchacho problemático. Su madre murió cuando él tenía quince años. Poco después su padre lo echó de casa. Rick se instaló en un viejo cúter que salvó de las aguas del río Indian Creek y que él mismo reparó. Trabajar con las manos se convirtió en algo natural. Sabía pescar, cazar, preparar trampas y manejar cualquier tipo de embarcación. Durante una temporada navegó por el río Machias transportando troncos, antes de que aquel medio de transporte se acabara; luego, durante dos inviernos, se embarcó como tripulante en un barco langostero que arrastraba sus cedazos doscientas millas mar adentro. Podría haber trabajado en cualquier parte, pero no soportaba que le dieran órdenes. Era testarudo, como todos los Larsen.

El viejo Leif Larsen había navegado como arponero en el océano Antártico antes de la prohibición de la caza de cetáceos. Cuando regresaba a casa llenaba la cabeza de sus hijos con terroríficas historias de la caza de ballenas y de aventuras en los Roaring Forties o «cuarenta rugientes». Estos grandes mamíferos eran su pasión: se pasaba los veranos trabajando en barcos para turistas, compartiendo sus conocimientos sobre ellos con los pasajeros. Conforme aumentaba su afición por la bebida, sus depresiones, salpicadas por arrebatos de ira, también iban en aumento.

Rick tenía diecinueve años cuando la conoció; todavía no era más que una niña y tenía el pelo negro como las alas de un cuervo. Él había ido a pasear por Long Beach a primera hora de la mañana, y allí estaba ella, esforzándose por sacar del agua un tronco a la deriva. Era pesado y estaba enredado en una malla oxidada. Al momento Rick se metió en el agua, arrancó el alambre, sacó el tronco y lo tiró en el remolque de su furgoneta.

Ella se dio la vuelta y le lanzó una mirada acusadora.

—¡Me has robado mi pecio! —gritó.

Rick se quedó mirándola. Un soplo de viento se enredó en el pelo agitanado de la muchacha y lo alzó hacia el cielo como si fuera una sábana hecha jirones. «Una veraneante», pensó él. Ella tenía catorce años y no se parecía a nadie en el mundo. En aquel momento él estaba perdido, y lo sabía.

—¿Para qué lo quieres? —le preguntó ella, desafiante.

—Me estoy construyendo una casa —dijo él mirándola a la cara.

La muchacha buscó con la mirada los ojos de él. Pudo ver en ellos océanos de aguas verdes y témpanos de hielo y hombres con arpones ensangrentados. Vio a Eric el Rojo y barcos de larga quilla navegando hacia el atardecer.

—Yo a ti te conozco —dijo ella.

—¿Tú crees? —esquivaba las palabras de ella como si fueran golpes de espada; ambos se movían por instinto,

tanteando a ciegas, temerosos de mostrar demasiado, y demasiado pronto. Se dio media vuelta para marcharse.

—Espera —dijo ella, y añadió—: Esa casa, ¿cuándo podré verla?

—Cuando esté acabada.

Más tarde supo cuál era su nombre: Natalie, Natalie Maxwell; vivía en una mansión sobre el acantilado.

Rick era cauteloso. No es que se sintiera intimidado, pero tenía la sensación de que, con la edad, se había ido curando de las veraneantes. Vivían en mundos distintos, y así tenía que ser. Además, las peleas con su padre ocupaban entonces toda su atención. Y aquel verano todo apuntaba a que iba a meterse en problemas, así que las chicas eran una distracción inconveniente.

Volvieron a encontrarse seis meses más tarde. Alguien le tiró del brazo en el restaurante y allí estaba ella, a su lado. Iba vestida con unos pantalones cortos y lo arrastraba hacia la puerta.

Era más de medianoche, y las calles del puerto estaban desiertas. Hacía una buena noche: no había luna, pero el cielo estaba iluminado por millones de estrellas. Se pararon bajo un farol; el haz de luz proyectó sombras en los ojos de ella. Llevaba una linterna en la mano.

—Hay una ballena varada en el Estrecho. —Esas fueron las primeras palabras que volvieron a cruzarse durante aquel verano.

—¿Dónde? —Ni se le ocurrió preguntar por qué había ido a buscarle. Era como si todo fuera como debía ser. Ella le pedía ayuda y él se la prestaría.

—En Curtain Bluff. Oí a unos tipos que lo comentaban —hablaba rápido, con decisión, y alzaba la cabeza, coronada de mechones negros, para mirarle directamente a los ojos—. Me parece que ha salido un grupo de barcas para ayudar. No he podido verla bien, pero creo que es una cría.

Rick consultó el reloj. Pronto cambiaría la marea. No podían perder el tiempo hablando. Su padre debía de estar

en el bar de Pier Street, bebiendo pintas de Guinness acompañadas de un vaso de aguardiente.

El barco de su padre estaba amarrado en el embarcadero que había junto a la fábrica. Ella bajó tras él por la escalera de mano. Rick tanteó en la oscuridad buscando la llave del motor de la cabina; su padre nunca se molestaba en quitarla. Fanfarroneaba que nadie se atrevería jamás a tocar nada suyo, y tenía razón. Pero en ese momento se trataba de una emergencia.

Ya tenía la mano en el botón de arranque cuando notó que el barco se hundía ligeramente y se balanceaba, como si alguien hubiera saltado de la escalera de mano al interior de la embarcación. Rick se quedó de piedra. Supo de inmediato que era su padre; reconoció su figura corpulenta, su andar renqueante por la cubierta y, sobre todo, su aliento a cerveza y aguardiente. Y se estremeció esperando el arrebato de ira del viejo.

—¡Maldita sea! ¿Quién se ha colado en el barco? —la voz ronca sonaba pastosa por el licor y la rabia. Una mano enorme asió a Rick por la camiseta, apartándole de los mandos—. Te dije que te despellejaría vivo si te pillaba husmeando en mi barco, hijo. ¡Y Leif Larsen nunca falta a su palabra!

Rick se echó hacia atrás para intentar liberarse. El movimiento brusco balanceó el barco y los dos perdieron el equilibrio. Cayeron sobre la cubierta y se liaron a patadas y zarpazos.

—¡Déjelo en paz! —La chica saltó sobre el viejo, levantó la linterna por encima de sus hombros, la balanceó con fuerza y le arreó un violento golpe que lo puso patas arriba.

—¡Hija de puta! —maldijo él al tiempo que rodaba amenazadoramente hacia ella—. ¿Quién demonios eres tú?

—Soy Natalie Maxwell —no había miedo en su voz. Sacudió la cabeza y alzó de nuevo la linterna—. Una cría de ballena ha quedado atrapada en el Estrecho.

Un hilillo de sangre se deslizaba por el rostro de Leif. La miró fijamente mientras se tocaba la cabeza con una mueca de dolor.

—¡Válgame Dios, señorita, pega usted fuerte! —gruñó.

Rick encendió las luces de la cabina. Su padre miró a la chica y esta vez la reconoció.

—La mocosa de Maxwell, ¿verdad? —la observó de arriba abajo—. Has crecido mucho.

—Es una emergencia —lo interrumpió Rick—. No sabíamos dónde encontrarte...

—Cierra el pico —le soltó su padre. Y dirigiéndose de nuevo a Natalie añadió—: Eres valiente, diría que muy valiente.

Ella no se movió.

—Por favor, necesitamos su ayuda. Hay una ballena varada.

—Sí, ya lo he oído antes. ¿En Curtain Bluff? ¿Lo sabe alguien más?

Ella asintió.

—Chance Greene ha salido con su barco.

—¿Greene? —refunfuñó el viejo—. ¿Y qué sabe de ballenas un albañil? —se limpió la cara con un trapo y escupió por la comisura de los labios—. Bueno, ¿a qué estáis esperando? Soltad amarras.

Desconcertados por su repentino cambio de humor, los dos dudaron un momento.

—¡Maldita sea! ¡Si no os movéis, os echaré por la borda y zarparé solo!

La muchacha corrió a la proa para soltar la amarra delantera, mientras Rick se afanaba en soltar la de popa. Su padre pulsó el botón de arranque y el motor diésel se puso en marcha.

Al salir del puerto aumentaron la velocidad. Había un oleaje moderado. Tenían la radio encendida y escuchaban la charla de los navegantes entre el chisporroteo de las ondas hertzianas.

—Creen que es una ballena franca —le susurró Natalie a Rick.

El viejo tenía el oído de un murciélago.

—¿Cómo pueden saberlo? Ninguno de ellos ha visto nunca una ballena franca, ni siquiera a la luz del día.

Navegaban en línea recta bajo la noche estrellada. Leif Larsen mantenía la palanca del acelerador a tope; la vibración del motor hacía que la barca se estremeciera.

—El maldito yate de Greene le saca dos nudos a mi barco —refunfuñó Leif en voz baja.

Rick se acercó a Natalie. Asomada a la borda, intentaba distinguir las luces de los otros barcos. Habían rebasado la playa de Maple Cove rumbo al norte y avanzaban siguiendo la línea de la costa.

—¡Nos acercamos a la isla de Two Bush! —gritó Rick un minuto más tarde.

Había visto el brillo pálido de las olas rompiendo contra los islotes rocosos a la luz de la luna. Esperó a que su padre variara el rumbo para que la isla quedara a babor.

—¡Papá! —gritó.

El gruñido de respuesta se perdió en el viento; solo le llegaron las palabras «hay corriente».

—¿Qué pasa? ¿Es que no te ha oído? —preguntó Natalie al darse cuenta de que el barco se dirigía a velocidad constante hacia la línea de los rompientes.

—Me ha oído perfectamente —contestó Rick, lacónico—. Pero no escucha. El muy cabrón se ha empeñado en alcanzar el barco de Greene y va a pasar por la garganta.

—¿De noche? —le apretó el brazo—. ¿Eso no es peligroso?

Rick se mordió los labios.

—Cualquier otro día confiaría en él, siempre que lo cruzara despacio. Pero con todo lo que ha bebido esta noche...

Sentados el uno al lado del otro, Rick y Natalie observaban cómo el barco se acercaba a los arrecifes sin disminuir

la velocidad.

—Maldito loco —murmuró él entre dientes.

Ella le agarró una mano en la oscuridad.

—Es por mí, ¿verdad? —le susurró al oído.

—Sí, quiere impresionarte.

—Bueno, supongo que eso significa que al fin y al cabo es humano.

Las olas rompían contra el costado del barco y los empujaban hacia el este, donde la luz de la baliza avisaba del peligro. A su izquierda, a menos de un cuarto de milla, los acantilados de Curtain Bluff se alzaban bajo la luz de la luna.

—Mira, hay luces en la costa. ¿Habrán encontrado la ballena?

—Ese es Chance Greene y sus alegres muchachos tratando de remolcar la ballena hacia mar abierto —dijo Leif Larsen con disgusto. Y luego añadió—: O más bien tratando de acabar con ella.

Rick, asomado a la popa, tenía la vista fija en el mar y las manos alrededor de las orejas para percibir mejor los sonidos.

—Calmaos —dijo—. Ambos os habéis equivocado. Está aquí, muy cerca.

La cabeza del viejo se movió a un lado y a otro.

—¿Qué estás diciendo, muchacho?

—La cría de ballena está aquí. Puedo olerla.

—Es una franca. Pobre animal.

La ballena flotaba en la superficie del agua. La lisa joroba de su lomo resplandecía bajo los reflectores mientras las olas batían contra ella. La criatura respiraba exhausta y jadeante, con un ritmo entrecortado. A Natalie se le llenaron los ojos de lágrimas mientras la miraba. No había duda de que la cría se estaba muriendo. Leif recorrió con el haz del reflector el costado y la cola. El magnífico cetáceo, agota-

do, empezaba a hundirse; el ballenato estaba demasiado débil para reaccionar a las luces. A Rick le dio un vuelco el corazón: era una *Eubalaena glacialis*, la auténtica ballena de los hielos, una ballena franca del Atlántico Norte, rara entre las raras. Una hembra de unos diez meses, recién separada de su madre y, sin duda, en apuros.

El viejo tomó aire entre los dientes y emitió un agudo sonido sibilante.

—Está acabada —dijo en tono neutro.

Natalie miró a Rick con preocupación.

—¡No es verdad! ¡Dime que no es verdad! —le imploró en un susurro.

Así es como luego recordaría él la escena: la línea de espuma plateada bajo la luz de la luna, la silueta de la chica en la popa, la trabajosa respiración del desafortunado animal, las siniestras amenazas de su padre.

—Échale un vistazo —su padre frunció el entrecejo—. Me parece que será la última que verás —iluminaba al cetáceo con el foco—. Hay sangre en el agua, ¿es que no lo ves? Debe de haberse hecho un corte profundo; supongo que se ha roto los tendones.

Aquella lenta respiración era el sonido más triste que uno pudiera imaginar.

—Si tuviéramos una cuerda —dijo Natalie con voz suplicante—, podríamos remolcarla hasta el puerto...

—Solo podemos hacer una cosa. —La voz del viejo era glacial y dura como el granito, y Rick percibió el escalofrío que recorrió el cuerpo de Natalie. Le embargó una sensación de terror y supo qué sería lo siguiente.

Con un movimiento violento, el viejo tiró de un cabo y lanzó por la popa una lancha neumática.

—Salta —le espetó a Rick—. Y tú, señorita, ahora que ya has jugado al avistamiento de ballenas, te enseñaré lo que se hace con ellas. Ve —aferró el hombro de su hijo—. Una muerte rápida o una muerte lenta. En dos horas amanecerá

y para entonces las orcas ya estarán aquí. Le arrancarán la lengua y la dejarán desangrarse hasta que muera.

El rostro de Rick adquirió un color mortecino a la luz del reflector. Natalie se aferró a él.

—¡No! —gritó horrorizada.

Leif Larsen se acercó a ella con una mueca salvaje en el rostro.

—Esto es lo natural, así es como viven las ballenas... y así es como mueren —sacó del interior del barco un largo arpón y lo colocó en las manos de su hijo—. ¡Vamos, demuestra de qué pasta estás hecho! Sabes cómo hacerlo, una firme y profunda estocada hasta el corazón.

Rick palideció. Se quedó inmóvil, sopesando el arpón con la vista fija donde la ballena flotaba en medio de las oscuras olas.

—¡Salta! —bramó su padre—. ¡Ya me has oído!

—¡Rick, no! —gritó Natalie.

Se diría que él no los oía. Avanzó hacia el otro costado del barco como si estuviera en trance. Luego se detuvo.

—¿Te preocupan las ballenas o eres como ellos? —dijo su padre al tiempo que señalaba las luces de los barcos que se alejaban—. Esos tontainas creen que pueden interferir en estas cosas. Sabes qué es lo que tienes que hacer. Y si no lo haces, la que lo pagará será la ballena, no tú.

Lenta y fríamente, como un hombre que se encamina al patíbulo, Rick saltó a la lancha. Colocó el arpón en el fondo y luego tomó los remos.

—¡Espera! —gritó Natalie.

Él la miró por encima del hombro con la mirada propia de un sonámbulo. Ella solo pudo ver el reflejo de la blanca de sus ojos, como si la oscuridad le cubriera el rostro. El viejo soltó una risotada y largó la amarra. A continuación, colocando una de sus botas contra el costado de la lancha, la empujó y la apartó del barco.

Lo observaron mientras avanzaba con dolorosos golpes de remo hacia la ballena inerte, inmóvil, esperando impo-

tente lo inevitable. La mirada de Natalie se posó en el animal moribundo. En ese momento, entre el hombre y el animal había un vínculo que ella solo podía sospechar. Algo que el padre había aprendido durante los años que había pasado en el océano Antártico y que ahora le transmitía a su hijo. Una atávica vuelta atrás en la línea familiar de cazadores que se perdía en los albores de la humanidad; de cazadores y de presas.

El viejo era un enlace con ese pasado, y su chico se estaba preparando para ser un eslabón más, lo mismo que la ballena franca. Dos seres en extinción. Víctimas del progreso. Natalie empezó a sollozar. ¿Cómo creer en la compasión cuando la vida era tan inmisericorde?

La lancha neumática chocó contra el costado de la ballena. El agua que se alzó con el impacto cayó en el bote. Su padre iluminaba la escena con el reflector. El haz de luz recorrió las zonas coloreadas de la piel callosa de la cabeza y la mandíbula superior del animal. Una parte de Rick trataba de apartar de sí un sentimiento de horror, pero la otra parte funcionaba con frialdad, planeaba lo que tenía que hacer, organizaba la tarea en una serie de pasos. Esa parte de él visualizaba la estructura interior de la ballena y dirigía la lancha hacia los orificios nasales de la cría. El oleaje parecía haberse calmado; su labor sería así fácil. No perdía de vista la suave curva por encima de la aleta derecha. La ballena o no se había percatado de su presencia o estaba demasiado débil para ofrecer resistencia.

Dejó los remos dentro del bote, se puso de pie y asió el arpón.

El animal se estremeció ligeramente y un débil chorro de aire emergió de la parte delantera de su cabeza. El cálido aliento de la criatura lo envolvió. Rick sintió un escalofrío y se apoyó en la bancada para no perder el equilibrio. La cría estaba muy hundida, y Rick miró hacia abajo con alivio. Le horrorizaba la idea de que su mirada se cruzara con la del animal. Si eso sucedía, estaba seguro de que no sería

capaz de acabar con ella. Se sentía como envuelto por una niebla; le llegaban los gritos de su padre y Natalie desde el barco, pero en ese momento solo le importaban la ballena y el arpón que llevaba en la mano. No había tiempo que perder. La marea podría empezar a subir de nuevo. Levantó el arpón de más de tres metros por encima de su cabeza, apuntó hacia su objetivo y lo clavó con todas sus fuerzas.

Lo clavó una y otra vez, introduciendo la hoja en forma de pétalo en la tersa carne cada vez más profundamente, hasta alcanzar un órgano vital. El enorme cuerpo del cetáceo temblaba, cabeceaba y se retorció, y a punto estuvo de lanzar a Rick al agua. Entonces, en la sexta o séptima estocada, la punta del arpón dio en el blanco. Un chorro de sangre brillante brotó por encima del agua hasta dos veces la altura de Rick. La punta del arpón había perforado una de las arterias cercanas a los pulmones. Rick se echó hacia atrás dentro de la lancha mientras aquella lluvia escarlata le caía encima. A su alrededor el agua se tiñó de espuma sanguinolenta. En la agonía previa a la muerte, la ballena se agitaba, sus aletas golpeaban las olas, salpicando por todas partes; seguía sangrando y su enorme cabeza, se teñía de rojo. Rick se apresuró a tomar los remos y apartó la lancha del animal. Había sido testigo de lo que su padre y los antiguos balleneros llamaban «el frenesí», los estertores de la muerte. Parecían haber durado una eternidad, pero en realidad todo había terminado en menos de treinta segundos. Con un largo y convulsivo esfuerzo, la ballena se dio la vuelta, movió las aletas hacia arriba y se quedó flotando, inmóvil y silenciosa, sobre el manto de espuma de su propia sangre.

Rick se dobló sobre los remos. Estaba bañado en sangre de la cabeza a los pies, y un hedor dulce y empalagoso se le pegaba al cuerpo como una culpa. El motor rugió, la barca se colocó a su lado y su padre le echó un balde de agua por encima. Hoy, en la mente de Rick, todavía resuena la

estridente risa de su padre, y todavía puede ver el rostro horrorizado de la chica.

Rick se marchó de la ciudad ese mismo día. Se hizo a la mar con su velero, bajo la brillante luz de la mañana, como su padre había hecho antes que él.

Eso ocurrió hace diez años. Ahora Leif está muerto y el chico, convertido ya en un hombre, acaba de regresar al hogar.

Capítulo 1

Cumbre Vieja, La Palma, Canarias, jueves a media tarde

Avanzaban traqueteando por la montaña; hacía calor y el polvo del camino que descendía hacia el oeste se les metía en la garganta.

—¿Está muy lejos? —gritó la chica en dirección al casco del conductor.

Le hablaba en inglés, que era su lengua común. Flavia —así se llamaba— tenía veinte años, era de Renania, tenía la piel dorada y una melena con mechaz plateadas por el sol y el mar. Él era dos años más joven, español con rasgos árabes y porte altivo. La Honda que conducía era de su hermano mayor y la había tomado prestada sin permiso, lo mismo que a la chica.

Metió la moto en otra curva cerrada y la chica chilló mientras las ruedas rebotaban contra la piedra. Frenó y se detuvo un momento.

—¡Mira! —señalaba hacia abajo—. Allí abajo, ¿lo ves?

A cuatrocientos metros del precipicio, por debajo del camino, había una pequeña ensenada rodeada de negra arena volcánica. Parecía esculpida bajo los acantilados, tan perfecta como un decorado de cine.

—Aquí no viene nadie. Estaremos solos en la playa.

Sintió los brazos de ella alrededor de su cintura y se sonrojó dentro del casco. Desde que Raúl había empezado a salir con ella, era la primera vez que se atrevía a algo así. Dos días antes, sabiendo que su hermano estaría fuera, en